Antoine Rideau, 18º

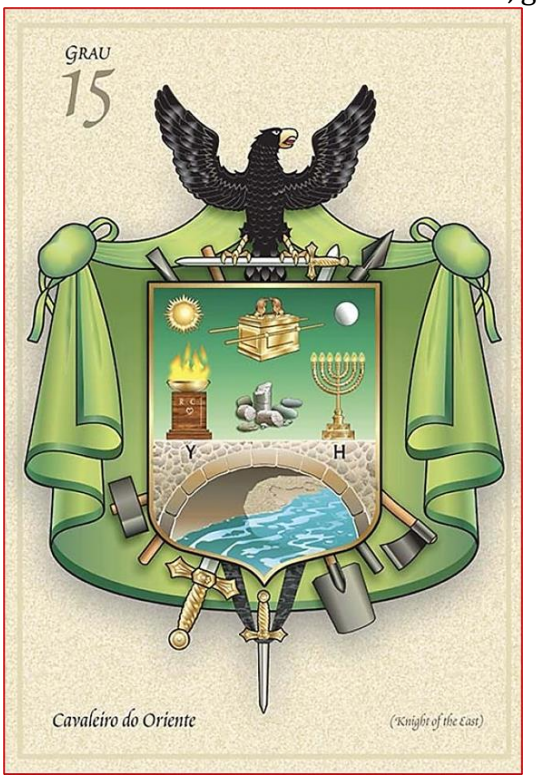
MASON LIBÉRRIMO

Comenzaré esta columna con una de las preguntas que se nos han planteado con respecto al Grado Décimo Quinto, qué desde mi punto de vista, constituye una parte trascendental en la génesis conceptual de este grado.

¿Cuál es el sobrenombre de un Caballero de Oriente?

Respuesta, Masón libérrimo.

Esta contestación, en este modo superlativo, incluso podríamos decir que desafiante y rotundamente categórica, lo define todo, con respecto a este grado.



La libertad, he aquí el verdadero corazón, el genuino y centelleante centro de la naturaleza regia del iniciado, el verdadero masón.

Una de las exigencias para ingresar y pertenecer a nuestra Orden masónica, es ser un hombre libre. No cumplir con precisa exactitud con este mandato debería ser, por sí misma, una causa justa para impedir que se forme parte de nuestra fraternidad.

Tener la condición de esclavo, tener un amo, es una incompatibilidad insuperable para ser reconocido como masón.

Nuestra Institución sólo puede integrarse por verdaderos y probados hombres libres. De no hacerlo así, la semilla de la corrupción germinaría, crecería con inusitada fuerza y nuestra Orden, simplemente, ya no sería masonería y se extinguiría como tal.

Es por esta razón por la que nuestros antiguos y sabios maestros constructores elevaron, afianzaron y aseguraron conscientemente, la columna de la libertad, como uno de los ejes verticales para la edificación de nuestro templo individual, social y universal.

Desde nuestros iniciales orígenes, aquellos que pertenecían a las primeras nacientes logias, en su calidad de constructores, gozaban de una libertad de la que carecían la mayoría de los súbditos de los distintos reinos de Europa. Esta libertad, reconocida por la autoridad temporal y religiosa del momento, les permitía gozar, de toda una serie de derechos, qué comparados con el resto de los súbditos, se podrían considerar como verdaderos privilegios.

Su extraordinario conocimiento en la arquitectura civil, militar y religiosa, el cual guardaban con absoluta escrupulosidad y secreto, fue la razón de la obtención de su codiciada libertad, permitiéndoles viajar como hombres emancipados a lo largo de todo nuestro continente, aplicando y ampliando la novedosa erudición adquirida en estos peregrinajes, acudiendo allí donde se solicitaba su presencia.

Es singularmente llamativo, conocimiento y libertad, siempre unidos.

Esta notoria discriminación histórica, libertad para unos y servidumbre para una inmensa mayoría, que han sufrido muchas de las sociedades a lo largo de los siglos y

que incluso actualmente se sigue padeciendo en muchas naciones, es la que intenta corregir nuestra masonería, consiguiendo el reconocimiento y protección de la libertad universal para todos los hombres, para la entera humanidad.

En el Grado Décimo Quinto, se describe en su leyenda, como Zorobabel y los suyos construyen un puente para unir las dos orillas de un río que actúa como una verdadera frontera, dividiendo todo un territorio y que les impide llegar a "Jerusalén".

Estas dos orillas señalan, simbólicamente, la separación, entre el confuso caos y el orden, la división entre la esclavitud, la vil servidumbre y la libertad, la partición entre Occidente y Oriente.

Superar este puente, simboliza la erradicación de la cautividad y el renacimiento en la libertad, es la transformación del siervo, en hombre libre.

Atravesarlo con éxito, es una de las metas para todo masón, pero no sólo es un fin para todos nosotros, también debe serlo para todos nuestros hermanos que conforman a toda la humanidad, de la que somos parte inseparable. Este puente puede ser cruzado por cualquiera que desee hacerlo, sea o no sea masón, porque la obra masónica no se eleva verticalmente para unos pocos elegidos, se erige para todos, sin distinción alguna de credo, raza o cualquier otra condición, porque todos somos libres, iguales y hermanos por nuestra propia naturaleza; nuestra humanidad nos iguala y nos une.

Por esta razón, nuestro ánimo y vigor, deben encauzarse para persuadir que la libertad sea aceptada y protegida como un derecho irrenunciable y propio de cada individuo que integra las sociedades de las diferentes y distintas naciones.

Es evidente, que la libertad tiene muchos enemigos, pues son conocedores del inmenso, descomunal y desconcertante

poder, que ofrece al hombre que desea ser soberano de sí mismo. Estos antagonistas de la libertad, harán todo lo posible para impedir que el libre albedrío se extienda a todos los hombres.

En la historia hay muchos ejemplos que nos demuestran esto que digo, no necesito concretarlos, todos los conocemos. En aquellos tiempos, los apologistas de la libertad, eran perseguidos con inusitada saña, se les torturaba y se les ejecutaba, porque suponían un claro peligro para el poder temporal y religioso vigente, en definitiva, eran considerados como acérrimos adversarios, opositores políticos y religiosos que ponían en riesgo la continuidad del poder absoluto.

Pudiéramos creer que todo esto es algo superado, anacrónico, pero lamentablemente no es así. Hoy en día los valedores de la autonomía personal no son ajusticiados en nuestras democracias liberales, por la sencilla razón que eliminar a los rivales políticos está condenado y perseguido por la mayor parte de la

sociedad y sus leyes; algo más civilizados, sí que somos. Sin embargo, la persecución persiste a través de tácticas y estrategias más ocultas y elaboradas, a veces imperceptibles y en la mayoría de las ocasiones claramente visibles, no son nada nuevo, siempre han existido y existirán siervos que trabajen por y para el poder totalitario corrupto, poniendo su inteligencia al servicio de sus amos.

Por eso, de la misma forma, que nuestros antecesores trabajaron, sin descanso, en la construcción del puente y del segundo Templo, sosteniendo con una mano la llana y en la otra la espada, nosotros debemos actuar infundidos por el mismo principio, no podemos ser ingenuos, si lo fuésemos, nuestra masonería estaría en entredicho.

Hay que estar dispuestos a defender aquello que se construye para el bien común de los hombres y de nosotros mismos.

La fuerza de la razón será la espada que empuñará nuestra mano para separar de un fulminante y certero golpe, lo justo de lo injusto; la libertad de la esclavitud, el orden del caos.

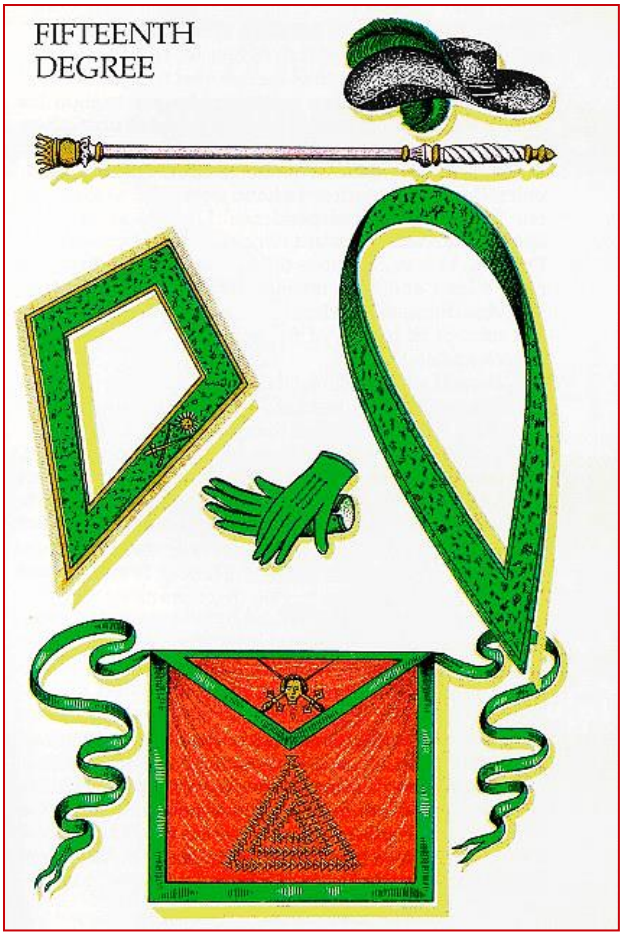
Es cierto que esta obra, como nuestra propia vida, es un duro y arduo trabajo, que invita en muchas ocasiones al abatimiento y al desánimo, por diversas circunstancias. pero si hay algo que distingue al masón, es su compromiso con el deber, por eso un masón no se rendirá jamás; trabajando con celo y esmero por aquello que es sabio y justo, podrá invocar en su ayuda, la bendición divina para conseguirlo, al igual que lo hizo el rey Ciro.

Gracias a este tesón y tenacidad inquebrantables, propia de los probados y verdaderos hombres y masones, la humanidad avanza y el reconocimiento y la protección de la libertad, se asientan y se consolidan en las leyes de las naciones que anhelan ser ordenadamente civilizadas.

La historia y nuestras leyendas de Grado son fuente de inspiración y conocimiento. Es aquí donde acudimos para que el suave aleteo y el etéreo susurro de la musa, nos inspire en la realización de nuestros trabajos.

Alcanzar nuestro propósito, sobre todo, si es algo que afecta a toda una sociedad, exige de un esfuerzo individual y colectivo, convergentes y sabiamente cohesionados, al igual que la construcción del puente y del Segundo Templo que se describe en la leyenda del Grado.

En nuestro caso particular, podemos extraer valiosas enseñanzas que pueden aportarnos apreciables sugerencias para elevar nuestro templo, al mismo tiempo que



cimentamos y superamos este "puente" que nos conduce de la servidumbre a la libertad.

En esta tradición se nos describen las virtudes de sendas personalidades, las de Ciro y Zorobabel, las cuales po demos transponer fácilmente al iniciado, el perfecto modelo humano.

La vida es un constante e incesante cambio, toda ella es dinámica, nada permanece; es una constante y perpetua corriente impetuosa de equilibrios y desequilibrios. La vida es una inacabable evolución, una fuerza imparable. La mutabilidad es la regla universal. No aceptar esto, es negar la evidencia de la realidad y asentarnos en el plácido e inmóvil victimismo.

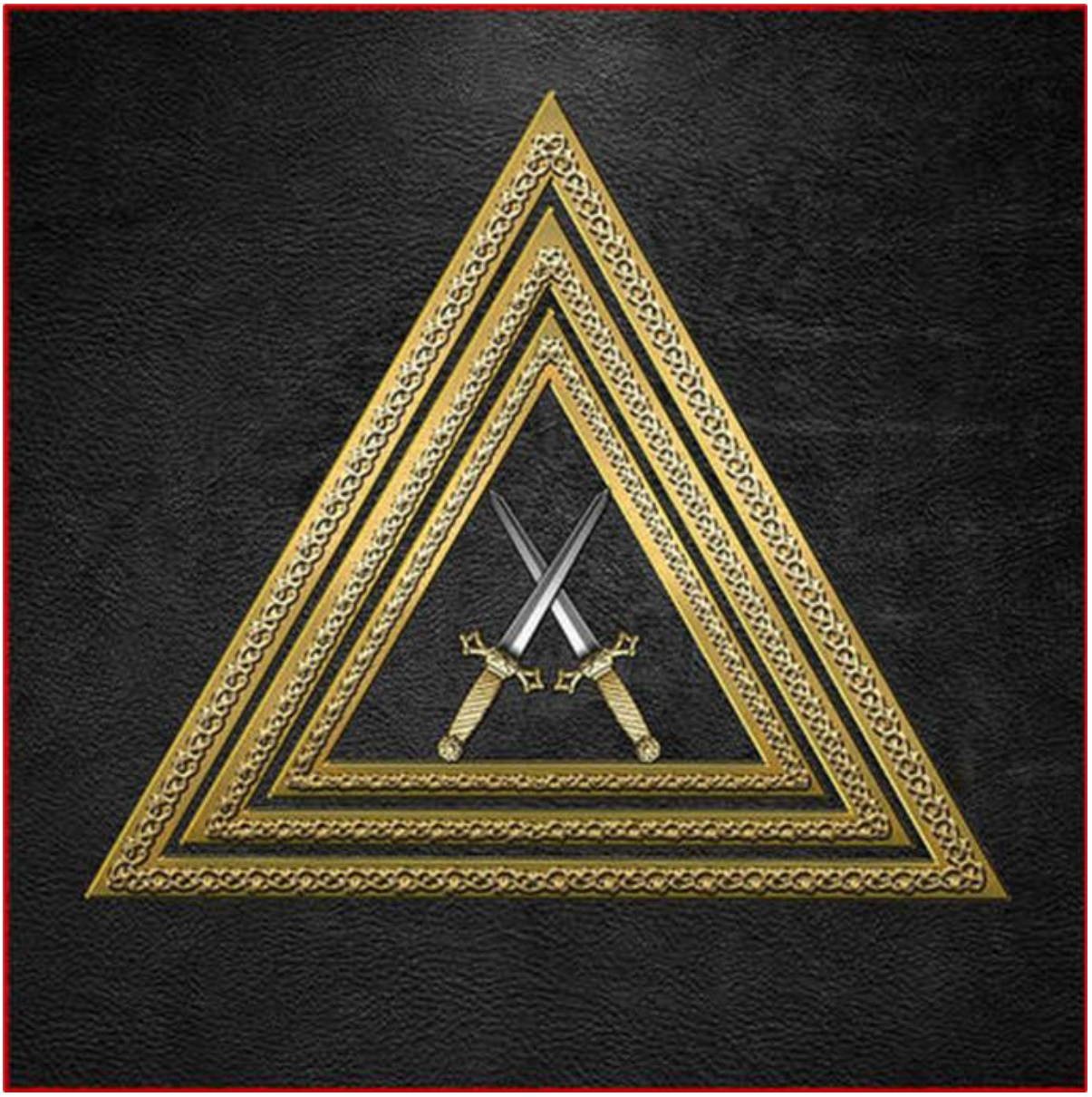
Un legítimo y reconocido iniciado es capaz de trabajar dominando todo este entorno tumultuoso, cambiante y a todas sus limitaciones, sobreponiéndose a todas las adversidades hasta que finalmente logra su propósito, la fidelidad a su compromiso le impide retroceder ante las penalidades, es más, éstas serán las que le impulsarán para superarse. Mantener nuestra palabra, aunque otros la traicionen. El autocontrol, la firmeza, la constancia, la moderación, la resolución, la honorabilidad, la fidelidad, la verdad y la valentía; todas ellas le son igualmente conocidas y constituyen parte integrante de su identidad iniciática.

Estas potencias, son las que permitirán al renacido realizar este increíble viaje vital de transformación, tanto individual como social y en definitiva, alcanzar todas sus metas y allí donde los indolentes fracasan, el masón se alza con la justa victoria.

En esta permanente e interminable vorágine de sucesos, en esta sempiterna contienda que es la vida, no será extraño extraviar algo que estimamos y que es valioso y significativo para nosotros; despejemos de nuestro interior todo temor y tristeza por su pérdida, porque si conservamos nuestra energía personal, nuestro fuego interno, aquel que nos permite desarrollarnos y perfeccionarnos, no habremos perdido nada que nos impida proseguir con resolución y determinación heroica, nuestro camino y esto último, es lo verdaderamente importante.

Este grado, es la exaltación del hombre como hombre, lejos de cualquier otra condición. Por este motivo el Caballero de Oriente también es denominado como el Caballero de la Espada porque el sendero que nos conduce al Oriente, no está exento de escollos de todo género, que exigirán de nosotros, una enérgica conducta invencible.

Franquear este puente, simboliza restaurar la efectiva y regular naturaleza del hombre, es decir, reestablecer su connatural libertad, aquella que forma parte del hombre, simplemente por el mero hecho de serlo.

Gobernarnos con sabiduría a nosotros mismos, ser soberanos de nosotros mismos, libres de todo convencionalismo social y cultural del momento; es el sendero al que debemos

aplicar todas nuestras fortalezas para superarnos y prosperar, tanto profana como iniciáticamente, porque no debemos olvidar, que somos simultáneamente tierra y cielo. Siempre fuimos y siempre seremos, la escuadra y el compás..